

Manuel Rojas.

LANCHAS EN LA BAHIA

I.

—Cuidado.

—Mucho ojo y no dormirse.

—Hasta mañana.

Estaba de pie en la borda de la gasolinera, las manos apoyadas en la baranda del falucho, y aprovechando el instante en que la ola unía los flancos de las embarcaciones, hice una enérgica flexión y me levanté en el aire, cayendo en puntillas sobre la cubierta. Desde allí hice un ademán de saludo a los compañeros.

—Guarda con el fonduco.

—¡Tiro y tiro!

Pero el motor resopló como lobo que sale a flote, giró la hélice y la lancha desatracoó a cabezadas. La seguí con la vista. A medida que se alejaba, los rostros de los hombres se borraban, se oscurecían, haciéndose lisos, planos, como discos de madera, hasta desaparecer. Enderecé el cuerpo y eché una mirada alrededor. Era el mismo falucho de las noches anteriores, embarcación de hierro, adusta, sujeta por cadenas a las panzudas boyas. Caminé por la orilla hacia la popa, dejé la manta y el revólver junto a la escotilla y procedí luego a examinar los sellos que atestiguaban la integridad de la carga; estaban intactos. Un salto me izó sobre la alta cubierta, revestida de tela embreada, que servía de tapa a la escoti-

lla central, y pasée por ella un breve momento. Mientras lo hacía pensé que no tenía sino que romper un sello, correr una barra, levantar la tela y alzar una tabla, para que mis manos se hundieran, como las de un ambicioso pirata, en las piezas de seda estibadas en la metálica panza. Un grito interrumpió mis pensamientos. A cincuenta metros, desde la cubierta de otro falucho, un hombre saludaba agitando los brazos. Contesté con un gesto y un grito:

—¡Eh!

Diez faluchos de la Casa B. & Co. flotaban en fila frente al malecón y en cada uno había a esa hora un hombre que, como yo, debería pasar la noche con los ojos abiertos. La consigna era: vigilar y no dormirse, bajo amenaza de ser fondeado por los piratas o despedido del empleo. Yo, cumpliendo la consigna, había pasado la primera noche sentado en el borde de la escotilla de popa, afirmados los pies en los peldaños de la escalera, inmóvil el cuerpo y la cabeza girando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, con los ojos como los de un lagarto, duros de sueño, e inquieto, irguiéndome al escuchar el más leve rumor, los dedos engarabitados sobre la culata del revólver, tal vez inservible, que me facilitara un amigo. Cuando por la mañana la gasolinera vino a recogerme, apenas podía mover los brazos y las piernas.

—¿Qué tal? ¿Cómo lo pasó? —me preguntaron.

Contesté con un movimiento de mal humor. No me explicaba por qué dejaban guardia a bordo de los faluchos cargados. No había visto ni oído nada extraordinario, nadie intentó acercarse a la embarcación que yo custodiaba, nadie procuró hablar conmigo en toda la noche. ¿Piratas? Me encogí de hombros. Pamplinas...

—No crea, joven—dijo el jefe.—¿Sabe usted que la semana pasada se metieron en el «Kiyó-Maru»? Y si se atreven a meterse en un barco, con mayor ra-

zón se meterán en un falucho, si usted se queda dormido y ellos lo sorprenden. Un pañuelo en la boca, una cuerda, y al agua. Y después: en diez minutos llenan un bote. No sería la primera vez...

—¡El ojo abierto y el dedo en el gatillo! ¡Tiro y tiro! —exclamó un vejete que seguramente pasaba la noche roncando y que me hizo un guiño de inteligencia, como diciéndome que no tomara muy en serio sus palabras. Delante de los jefes tenían que hablar así.

Pero, poco a poco, me acostumbé a las noches del mar, desapareció la intranquilidad de la primera guardia y me atreví a dormir, sentado primero, echado después sobre la cubierta, abrigadas las piernas con la manta, el revólver oculto bajo el brazo en que descansaba la cabeza. Ponía la otra mano en la culata del arma y dormía, dormía sueños breves, atravesados de pesadillas, sueños ágiles que parecían cubrirme la cabeza con un velo, a través del cual veía pasar sombras, luces, imágenes de color azul intenso, discos rojos que giraban. Despertaba asustado, aterido por el contacto frío de la cubierta. Empuñaba el revólver y miraba hacia la sombra, sin ver otra cosa que la sombra, en la que desaparecían las visiones de mis sueños...

—¡Guachimán (1) de la W...!

El grito pareció surgir de las aguas.

—¿Qué pasa?

Un bote se deslizaba cerca del falucho.

—¿No ha visto al guachimán de la W?—preguntó el hombre que sirgaba en la popa.

—No lo he visto. ¿Qué sucede?

—Es que... Unos lancheros lo necesitan. Quieren irse a tierra.

—¿Por qué no los lleva usted?

—Es que... ¡Cómo se le ocurre! Yo no soy guachimán.

(1) Watchman: sereno.

—Bueno; desatraca el bote.

—No se asuste, patrón. ¿Qué me tiene miedo? Si no soy nada pirata.

No contesté, y el hombre, haciendo movimientos circulares con el remo, como si pretendiera revolver el mar, se alejó rezongando:

—Estos buitres... ¡Ave María! No se les puede ni hablar a los lindos.

Poco más allá el grito se alzó como una gaviota.

—¡Guachimán de la W....!

Un hombre que yo no veía cogió el grito al vuelo y contestó:

—¿Qué querís...?

Y amarró al final de la pregunta una interjección restallante. Una carcajada se irguió como culebra en la noche, a tiempo que una mancha oscura, más oscura que la sombra, aparecía a babor del falucho. Una línea blanca, delgada, oscilaba lentamente sobre ella.

¡La vida!

Si supiera que cantando
algún alivio tuviera
con la guitarra en la mano
cantando me amaneciera...

Un hombre, de pie en el fondo de la lancha, los brazos apoyados en la borda, cantaba como sin deseos de cantar, mientras otro, a popa, vestido de sacos harineros y tomado a un gran remo, moviendo el cuerpo de adelante a atrás y tan pronto yéndose de bruces como echándose de espaldas al vacío, remaba. Un tercer hombre, yacía inmóvil en la cubierta de proa.

—¡La vida, si supiera...! ¡Eh!—gritó el hombre, deteniendo el canto... ¡Ahí hay un buitre!

El que remaba oyó con indiferencia el grito y el que yacía inmóvil no se movió. Yo sonreí. Buitre era el

nombre que los trabajadores de la bahía daban a los guardias particulares.

—¿No le da vergüenza cuidar lo que no es suyo?— preguntó el hombre, dirigiéndose a mí.

La lancha pasaba a tres metros de la popa del falucho.

—No, no me da—respondí.—Y a usted, ¿no le da vergüenza cantar mientras su compañero echa los pulmones remando?

—¿Vergüenza, a mí? Usted no me conoce... ¿Tiene un cigarrito, patrón?

Irritado, no contesté; pero el lanchero reaccionó:

—No sea roto; contésteme—dijo.

—No tengo cigarros.

—Muy bien, pues; hay que ser siempre caballero, aunque no se tengan cigarros. Buenas noches.

Empezaba la hora triste del mar, la hora en que todo movimiento enérgico cesa, la hora en que prenden las luces de los barcos, haciendo más oscura la soledad de la bahía. Las últimas voces se abatían frente a la noche que avanzaba con sus veleros estrellados. Empezaban los deslizamientos furtivos, los ruidos fugaces, los movimientos reptantes, el desfilarse de los chinchorros tripulados quién sabe por quién y que se dirigen quién sabe hacia dónde. Había ya luces en la ciudad, en el plano, en los cerros, y se extendían en racimos, en guirnaldas, como en honor de alguien, dando a la atmósfera que gravitaba sobre el puerto un tono rojizo y blanco. Una imagen de la Virgen, rodeada de luces, refulgía como un diamante amarillo en el pecho de un cerro.

—¡... de la W...! ¡Si supiera, la vida!

Trabajaban aún en el malecón y el resplandor de las luces se extendía sobre el agua como cardumen de peces rojos; se oía el trepidar de las grúas y grandes bultos se alzaban oscilando y desaparecían de pronto, como caídos al mar. Los hombres pasaban y vol-

vían a pasar frente a las luces, minúsculos, pero decididos, insistentes como insectos. Mirábalos con envidia, con deseo de abandonar mi soledad y mi silencio para marcharme junto a ellos, junto a las negras y poderosas máquinas, en medio de las voces de mando y los gritos de alerta:

—¡Iza! ¡Un poco más!... ¡Arrea! ¡Guarda abajo!
La campana de un buque picó la hora.

—Las nueve.

Una rafaga de viento se apoderó de la campanada y se la llevó mar adentro. Era la hora de comida. Saqué del bolsillo un paquetito que contenía dos sandwiches y empecé a comer lentamente, baja la cabeza, triste el ánimo; aquella comida en la oscuridad, solo, hacía-me sentir más que ninguna otra cosa mi desolación. Hubo un instante en que dejé de comer e inclinando la cabeza sobre el pecho, próximo a llorar, quedé con los ojos fijos en el pedazo de pan que tenía entre los dedos, como si dudara en comérmelo; pero luego, reaccionando, me lo eché a la boca. Todas las noches me sucedía lo mismo y aunque en cada una me hacía el propósito de no acordarme a esa hora de mis padres o de mi casa, a la noche siguiente, junto con echarme a la boca el primer trozo de pan, el recuerdo aparecía. Me avergonzaba eso, pues yo quería ser hombre duro, sin llantos, sin sentimentalismos, como eran los demás hombres, como era mi padre, por ejemplo. Pero era inútil... Saqué una botellita con leche y bebí un sorbo; estaba aún tibia y la saborée como un gato o como un niño. Después eché a andar hacia la popa, donde la oscuridad detuvo mis miradas como una pared a un transeunte distraído. No era posible ver algo a más de diez pasos de distancia; la sombra ascendía del mar como una neblina y flotaba sobre las aguas, densa, casi sólida. Sin embargo, a lo lejos se veían las luces de los barcos, en discos, en rectángulos, en cuadrados, brillando como fichas de nácar

en un tapete negrísimo. Un vapor zarpaba, seguido de sus luces, que se equivocaban con las estrellas.

Todo lo que era luz, movimiento, calor, intimidación estaba lejos de mí, habitante de la sombra, inmóvil en la noche, negro en la noche, como un buitre detenido en el tejado de una casa abandonada. Volví a popa, pero también allí me esperaba la sombra, tupida, indiferente a mi destino. El cielo llameaba de estrellas débiles, como fósforos mojados.

—¡Tan, tan, tan! Las once.

—¡Tan; tan, tan, tan! las doce.

Se oía el rumor del agua al golpear en la quilla de la embarcación, y nada más, ni una voz, ni un grito. Sentado en el borde de la escotilla, los pies afirmados en los peldaños de la escalera, tapada la espalda con la manta, el revólver y la linterna al alcance de las manos, cerraba los ojos y quedábame así, sin saber si dormía o velaba, viendo pasar por mi cerebro imagen tras imagen, trenes que partían, buques navegando por alta mar en un día con sol, hombres de rostro oscuro y dientes blanquísimos, y todo se confundía, se mezclaba, desfigurándose. Abría los ojos, veía la sombra, y los cerraba de nuevo. Trenes que partían, buques, hombres, dientes...

—¡Tan! La una.

—¡Tan, tan! Las dos.

—¡Tan...!

La primera campanada de las tres me despertó. Abrí los ojos y me erguí. Había percibido un rumor que ya conocía muy bien: seguramente era uno de esos cachuchos misteriosos, tripulado quién sabe por quién y que se dirigía quién sabe hacia dónde. Tomé el revólver y la linterna y poniéndome de pie me acerqué a la borda. A un metro escaso del falucho estaba detenida una chalupa y un hombre iba de pie en ella, inclinado, como si hubiera querido esquivarse a las miradas de alguien.

—¡Desatraca la chalupa, pronto!—grité con una voz que no me pareció la mía.

Al oírme, el hombre enderezó el cuerpo como si continuara un movimiento que no hubiera interrumpido, y la chalupa se alejó un tanto.

—¡Para!

Oprimí el botón de la linterna. La otra mano se me crispaba sobre la culata del revólver, y el dedo índice buscaba inconscientemente el gatillo.

—¡Para, te digo!

Examiné la chalupa. Dos hombres iban tendidos en el fondo. El que iba de pie, delgado, miserable, descalzo y con la cabeza descubierta, el rostro sucio de sombra o de carbón, me miraba con ojos que brillaban como los de un animal cuando la luz de la linterna los tocaba de frente.

—¿Qué hace por acá?

—Voy para el «Mapocho», patrón.

—¿Y esos hombres?

—Son de la tripulación del barco.

—¿Y por qué van acostados?

—Es que están borrachos...

Rió sin ganas, con una risa que parecía un principio de llanto; la voz pretendía ser clara y tranquila, pero el miedo la empañaba como el aliento a un cristal. El hombre estaba tan asustado como yo.

—Se cayó un cajón de cerveza al agua y ellos lo sacaron. ¡Je, je!, están como piojos...

Mientras el hombre hablaba eché una mirada a los remos y ví que las palas estaban envueltas en arpilleras. Esto me demostró la verdad de la situación: eran ladrones, piratas, como se les llamaba pretenciosamente en la bahía. El descubrimiento me paralogizó. No supe qué hacer. Pensé alzar el brazo y soltar un tiro al aire para llamar la ronda de la policía marítima, pero temí al ridículo; el revólver que tenía en la mano no me merecía la menor confianza, y gritar, es-

tando armado, me pareció más ridículo aun. Además, pensé que nada habían hecho ni intentado hacer. Si llamaba la ronda aquellos tres hombres se arrojarían al agua sin vacilar, como lo hacían siempre que eran perseguidos, y se ahogarían o pasarían la noche colgados de una boya, o los cazarían a tiros.

—¿Me voy, señor?—preguntó el hombre.

La palabra señor me decidió. Aquel hombre, en condiciones normales, no me llamaría jamás señor, pero en ese instante, estando su libertad o su vida pendiente de mí, apelaba a esa palabra como a un estímulo a mi bondad.

—Andate—respondí, en un tono que pretendía ser magnánimo.

Y al oír la palabra que lo dejaba libre, y que me dejaba libre a mí también, el hombre de la chalupa se inclinó, echó los remos hacia atrás, y con un vigoroso golpe se alejó. A la segunda remada la embarcación desapareció en la sombra.

II.

Desperté al oír que me llamaban:

—Señor Baeza, señor Baeza...

—¿Qué hay?

—Vamos, ya está aquí la lancha.

—¿La lancha? ¿Qué lancha?

Medio dormido no recordaba en qué sitio yacía ni de qué lancha me hablaban; pero cuando el hombre retiró la cabeza de la abertura de la escotilla, y ví que por ella entraba la luz del día, la situación se me hizo clara. Me había quedado dormido en el fondo de la escotilla de popa. Me levanté de un salto, rabioso:

—Me he quedado dormido como un idiota. ¡Maldita...!

Recogí la manta y el revólver, la linterna y el sombrero y subí la escalera a tropezones. Asomé a cu-

bierta lleno de vergüenza y de ira, esperando que alguien me dijera algo para llenarle de insultos. Pero nadie dijo nada; me miraron únicamente, con miradas entre compasivas e irónicas.

—Como no respondía a los gritos, subí a buscarlo; creímos que lo habían fondeado—explicó el hombre que me llamara.

—No importa dormir toda la noche; lo importante es estar despierto cuando llega la lancha—comentó el vejete en voz baja.

Salté a la gasolinera con los músculos como embistiendo a alguien. Mis compañeros, de pie en la lancha, iban silenciosos, mirando todo con aire de sorpresa, como si nunca hubieran visto el mar, las embarcaciones, la ciudad.

—Se quedó dormido—me dijo el jefe, pasado un rato.

—Me dormí al amanecer.

—Es la hora más peligrosa, porque...

—No me disculpo, señor; digo únicamente que me quedé dormido al amanecer—interrumpí.

—Precisamente, al amanecer hay que vigilar más, porque a esa hora se abre el puerto y junto con los trabajadores entra toda clase de gente. Entre una persona honrada y otra que no lo es, no hay ninguna diferencia, a primera vista, claro está.

—Sí, ya lo sé.

—Hay ladrones que parecen recién salidos de las monjas... Pero en cuanto uno se descuida le roban hasta la camiseta—dijo el vejete con voz estridente.

Lo miré. Iba vestido de negro, como para un entierro; delgado, pequeño, lucía bigotillo blanco, recortado como cepillo de mesa; cuello redondo, puños de quitapón. Decíase que era propietario de un almacén, pero que no pareciéndole suficientes las entradas que percibía, hacía de guardia para aumentarlas.

Entretanto, la gasolinera corría entre una hilera

y otra de lanchas y de faluchos, como un automóvil por una calle, rizando el agua y alzando olas que hacían danzar como osos a las pesadas boyas y a las cachazudas barcazas. En algunas embarcaciones había ya trabajadores. Hablaban con indiferencia, fríos aun, soñolientos. Al oír el ruido del motor volvían la cabeza y nos miraban con curiosidad. El muelle estaba lleno de obreros, trabajadores de las chatas, del dique, lancheros, jornaleros; gritaban y corrían. Desde lejos se veía un montón informe, bullente, pero a medida que la gasolinera se acercaba destacábanse los cuerpos, los rostros, los ademanes, oyéndose los gritos de los boteros frente al viejo muelle:

—¡Al «Mapocho»! ¡Al «Fresia»! Patrón: aquí está «La Lindora». ¡Oye, oh!

—Llegaron los buitres.

Se apretujaron para vernos desembarcar. Era un espectáculo curioso la llegada de esos hombres, trasnochados, vacilantes, que venían del mundo nocturno del mar y que la gasolinera arrojaba todas las mañanas sobre el muelle como una pesca fantástica. Desfilábamos hacia la calle con la cabeza hundida entre los hombros, mudos, sin deseos de hablar ni de reír, sólo pensando en el lecho; dormir, dormir...

—Hasta mañana.

—Hasta la noche, dirá.

—Sí, es verdad: hasta la noche.

Una carcajada reventó como una ola. El vejete, al intentar saltar de la gasolinera al muelle, calculó mal la distancia y cayó al agua como un fardo, hundiéndose rectamente. Sólo quedó en la superficie un sombrero negro, pequeño como el de un niño y con una cinta de luto. El dueño emergió al instante, exhaló un resoplido angustioso y luego de echar una mirada bizca, la cara llena de terror, se hundió nuevamente.

—¡Sáquenlo, por favor!—gritamos.

La lancha había sido desatracada del muelle por una ola que volvía del malecón y los hombres que quedábamos a bordo no alcanzábamos a coger al accidentado. Pero un jornalero bajó corriendo las gradas del muelle, se aferró con una mano a la barandilla y poniendo el cuerpo casi horizontal sobre el agua tomó al vejete del cuello, izándolo sin esfuerzo sobre la plataforma, donde tosió, estornudó, arrojó un chorro de agua por nariz y boca, y luego, tocándose la cabeza dijo:

—Mi sombrero, caballeros...

Alguien se lo entregó, encasquetóselo y un río de agua le corrió por la cara. Volvió a toser y a estornudar, rabioso, tiritando, mientras farfullaba palabras sin sentido, subiendo como una rata la escala del muelle. Grandes carcajadas restallaban en el aire y él se dió vuelta, alzó el puño hacia los hombres y después de toser y estornudar, en medio de pataleos de ira, gritó:

—¡Tiro y tiro, bandidos!

Un reguero de agua quedaba tras él.

Atravesé la plaza, caminé unas cuadras hacia la izquierda y empecé a subir el cerro. La ciudad despertaba, abríanse los negocios, las hediondas agencias, las sórdidas cantinas, las fragantes panaderías; funcionaban ya los ascensores y algunas viejecillas que podían tener mil años y que parecían juntar la nariz con las puntas de los pies, barrían las aceras; mujían las sirenas de los barcos y de las fábricas; los buques de guerra dejaban escapar gritos de toros que se ahogaran; carretones panaderos y cerveceros rodaban sin lástima sobre el pavimento de piedra; de los conventillos y de las casas surgían tufaradas de humedad, ráfagas de aire pegajoso, tibio como muchas respiraciones exhaladas a un mismo tiempo, y yo oía, y sentía, pero apenas miraba, los ojos semicerrados, llenos de sueño, orientándome por las callejuelas gracias a

mi oído, a mi olfato, a mi memoria inconsciente, pues mi cerebro estaba envuelto en una especie de gelatina gris, como en conserva.

—Sin duda que la vida no es para desternillarse de risa, pero esta vieja que barre la calle no tiene la culpa, como no la tengo yo ni la tiene el viejo que se cayó al agua. ¡Já, já! Donde se paraba, allí quedaba una poza de agua... Parece que está saliendo el sol, siento calorcito en la espalda. Miguel y su mujer deben estar ya en pie y yo ocuparé su cama, su cama que estará tibia y con olor a mujer y a hombre, a hombre y a mujer juntos; me he quedado dormido en el falucho, qué idiota, a quién se le ocurre ponerse a dormir a las cuatro de la mañana, y seguramente me despedirán del empleo, creo que he tropezado con un perro, a esta hora se comen la basura que hay en los tarros, cochinos, pero esto no me importa nada, sólo quiero dormir, dormir, dormir y cuando me levante trabajaré de lanchero o de jornalero, cualquier cosa me da lo mismo, pero de día, sí de día, porque el hombre debe trabajar de día y dejar la noche para los guardianes, para los piratas, para los panaderos piratas, piratas guardianes, piratas panaderos y todavía me falta un poco para llegar a la casa porque esta es la esquina y aquí está el almacén de «La Marina», emporio, provisiones para familias por mayor y menor; qué curioso, no estoy cansado, pero tengo sueño, y me parece que no camino sino que me deslizo a bordo del falucho lo mismo que cuando sueño; media vuelta, una dos tres, ahora un sitio cercado con calaminas, el mayordomo está enfermo...

—Buenos días—exclamó Miguel al verme aparecer en la puerta de la pieza.

—Buenos—contesté, derrumbándome sobre una silla.

Era una habitación pobrísima, sin más muebles que una cama de dos plazas, tres sillas, una mesilla y un velador. Un cajón cubierto de diarios hacía de la-

vabo, y un baúl, de ropero. Las paredes estaban empapeladas con hojas de revistas. Sentado ante la mesa, Miguel, hombre de unos cuarenta años, de piel oscura y grandes bigotazos, vestido con el uniforme de la policía marítima, sorbía rápidamente el desayuno.

—¿Qué hay?

—Nada, tengo sueño. ¿Tú has tenido sueño alguna vez?

—Acuéstate.

Di una mirada hacia la cama, ocupada por un niño moreno y gordo, de pelo negro.

—¿Quiere que le sirva desayuno?

—No, gracias, señora; tengo sueño...

—¿Quiere acostarse? Yo me voy.

La voz era afectuosa y me recordaba la de mi madre. Levanté los ojos hacia ella; era una mujer alta, de pelo negrísimo y ondulado, blanca, de ojos claros y pechos altos; seguramente tendría la piel suave y tibia. Conocía su olor íntimo de mujer limpia, pues lo encontraba a veces en la cama, tal vez olvidado por ella, y lo saboreaba mientras me dormía.

Empecé a desvestirme como un sonámbulo, con movimientos torpes, y como todos los días, al desabrochar los pantalones se me cayó el revólver al suelo. El golpe sobresaltó al niño que dormía, el cual estiró los brazos, gimió y entreabrió los párpados. Me quedé inmóvil, con los pantalones en la mano, temeroso de que mis ademanes llamaran la atención de la criatura y le impidieran continuar durmiendo; pero el niño no cerraba los ojos y parecía mirarme a través de sus largas pestañas, deteniéndome.

—Si está dormido... Acuéstate.

—¿Está dormido?

—Sí. Algunas veces duerme así, con los ojos medio abiertos.... ¡Miguelito!—llamó el padre, a media voz.

Pero Miguelito no se dignó mirarle; dormía.

—¿No ves?

—Sería bueno para guardia nocturno; dormiría con los ojos abiertos.

Lanzando una carcajada que de nuevo sobresaltó al niño, Miguel se levantó y se fué:

—Hasta luego...

No contesté sino con un movimiento de cabeza: estaba preocupado en introducirme a la cama sin que el niño lo sintiera. Lo logré y me acurruqué como un perro, quedándome dormido con el rostro vuelto hacia mi compañero de lecho. No supe cuánto tiempo dormí, una hora, dos; desperté al sentir que me agarraban la nariz. Abrí los ojos y me encontré con el rostro del niño. Sonreía mirándome.

—Duerma, Miguelito, duerma.....

Pero Miguelito había dormido ya lo suficiente. Levantó un brazo y me dejó caer la mano sobre la cara, como invitándome a jugar.

—Duerma, Miguelito.

Me miró un instante seriamente, como extrañado de mi voz; luego volvió la vista hacia el techo, recogió las piernas y tomándose una intentó introducirse el pie en la boca; tenía unos diente-cillos de ratón. Torné a dormirme mientras oía el galimatías del pequeño; sentí que volvía a tomarme la nariz y el pelo, hablando, rezongando, como si quisiera sacarme de mi silencio e inmovilidad, incomprensibles para él. Pero alguien lo tomó y se lo llevó. Yo sonreí, dormido, sin saber a quien sonreía...

—Eugenio: ya está el almuerzo.

La mano de Miguel tocaba mi hombro. Desperté; me ardían los ojos, sentía la boca seca, la cabeza vacía o como llena de un viento que zumbaba, ensordeciéndome. Me senté en la cama, restregándome los ojos y empecé a comer en silencio, sin hallarle sabor alguno a la comida, como si mi boca no fuera ya mía, o hubiese perdido el gusto.

—¿Así es que te quedaste dormido?

—¿Supiste?

—Sí, me contaron.

—¿Me despedirán?

—El jefe que hay ahora es muy exigente y parece que tú le contestaste mal. ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Estoy aburrido de ese empleo. . . . Además, tenía rabia por haberme quedado dormido y porque me habían encontrado durmiendo.

Hubo un silencio, durante el cual Miguel y su mujer me miraron fijamente.

—En estos tiempos es muy difícil encontrar empleo—murmuró ella, en tono de consejo.

—Si te despiden, ¿qué vas a hacer?

—No sé. . .

—¿Por qué no te vuelves a tu casa?

—A mi casa, no.

—¿Por qué?

—No, no. . .

Dejé de comer. La perspectiva de quedar sin empleo no era para aumentarme el apetito, ya que con el empleo perdería el alojamiento. Claro es que me ofrecerían hacerme cama en el suelo, pero no aceptaría. Habíanse conducido conmigo como jamás lo esperara de nadie y no abusaría ya más. Miguel me encontró en el muelle quince días después de mi llegada al puerto, cuando no me quedaban sino cuarenta centavos en el bolsillo y ninguna esperanza de hallar trabajo, torpe y sin audacia en la lucha diaria. Nos conocíamos desde muchos años; Miguel, huérfano, había sido criado y educado por mi abuela. El me había conseguido el empleo de guardia particular.

—No es una ocupación muy boyante, a pesar de que se pasa toda la noche a flote, pero peor es mirar el mar, y en cuanto a alojamiento, no te preocupes,

dormirás en nuestra cama mientras mejoras de situación; después, ya veremos...

Acepté entonces. Pero ahora...

—¿No come más?

—No, gracias; no tengo ganas, señora.

—Si encuentro al jefe, hablaré con él. Es medio bruto, pero me estima algo, tal vez porque yo también lo soy—dijo Miguel al marcharse.

Quedé solo en la habitación, afiebrado, el cuerpo ardiente, los ojos ásperos. Quería pensar en algo, en lo que haría si quedaba sin ocupación, en mi casa, en mis padres, pero el cerebro no continuaba idea alguna y sólo me devolvía imágenes, recuerdos inconexos, visiones de las noches en el mar, frases sueltas—¡Guachimán de la W!—, sin relación con lo que me sucedía y que yo repetía mentalmente, como si estuviera obligado a ello, una y otra vez, hasta irritarme y hacer esfuerzos para apartarlas y olvidarlas. En este juego me quedé dormido. Mi juventud era más fuerte que mis preocupaciones. Desperté a las seis y me vestí apresuradamente; comí algo y cogiendo la manta y el revólver, el sombrero y la linterna, me fuí al muelle. Era aún de día y el mar estaba de un color azul profundo, sin una rizada; inmóvil, ostentando manchas de color esmeralda que flotaban sin dirección. Cientos de pájaros volaban alrededor de los barcos, con las alas blanqueando en relumbrones cuando la luz las iluminaba oblicuamente, y se les veía descender, cerradas las alas, cayendo al agua como paquetes, de punta, entusiastas, persiguiendo a los rápidos pejerreyes, a los torpes cardúmenes. Los vapores, anclados, aburridos, fumaban largas pipas, echando el humo con lentitud hacia el cielo. La atmósfera era un cristal cóncavo, una gran copa de aire azul, invertida, que sumergía en el horizonte el filo de su pared transparente. Los cerros destacaban sobre el cielo sus perfiles huidizos, curvos o planos, que se perseguían

sin alcanzarse, pelados unos y otros cubiertos de bosques verde oscuros o con árboles aislados, enjutos, vacilantes, como centinelas cansados o peregrinos detenidos, y todos, todos cubiertos de casas, de ranchos, con murallas blancas, amarillas, rojas, azules, verdes, iguales a juguetes expuestos en una feria fantástica. Algunos ranchos colgaban de las paredes de los cerros, ostentando tiestos de claveles, de malvas, de cardenales, de achiras, y otros desnudos, contruídos con latas o calaminas comidas de orín, semejaban tarros esperando la llegada de un basurero a quien las callejuelas absurdas, los callejones imprevistos, las escalas torcidas, las bajadas y las subidas, atrasaran siempre en su oscura faena.

Caminaba a largos pasos, gozando del placer de la marcha sin esfuerzo, fresco, rehecho, como si el sueño me hubiera renovado, y pasaba entre los vendedores de frutas y de flores, de dulces y refrescos, sorteando hábilmente a los transeuntes que ascendían, sin pensar en nada y como si nada me sucediera, como si mi vida marchara tan bien como yo, a firmes pasos. Un optimismo sin sentido me invadía y a él me entregaba sin resistencia, feliz, como al sueño después de una larga vigilia.

—¡A los claveles dobles! ¡Los claveles dobles!

—¡Albahaca, albahaca!

—¡Dulces de La Ligua! ¡A tres por veinte los dulces!

—¡Pepinos del Norte! ¡Maduritos los pepinos!

—¡Horchata, horchata fresquita...!

Algunos gritos se erguían como espadas y otros ascendían perezosamente por los peldaños de las vocales; unos abríanse como abanicos de color y otros rezongaban entre la gente como mendigos pertinaces, y todos se unían, se desunían, se enlazaban, se desenlazaban, luchando entre sí, ascendiendo hacia el cielo atardecido de Diciembre, de donde descendían ondulando, y morían.

La calle terminó frente a una pequeña plaza, desde donde nacían y se extendían otras calles. Tomé hacia la izquierda, por una calle angosta, de altos edificios. En las aceras la muchedumbre se deslizaba como espesa ola. Tranvías, automóviles, coches, llenaban la estrecha calzada. Sentía allí, en medio del bullicio de la gente y de los vehículos, el aliento de la ciudad; marchaba como en el aire, equilibrado sobre mi alma como un equilibrista sobre un alambre tenso, lleno de una fuerza que me parecía propia y que no era sino el reflejo de la fuerza del mundo, reproduciéndose en mí como el cielo en un espejo de bolsillo. Olvidado de mi personalidad real, vacía mi conciencia, viviendo en ese instante como olvidado o aparte de mi mismo, transformado en una especie de tubo de cristal, sin que los acontecimientos pretéritos o futuros empañaran mi superficie, la vida llenábame de un agua clara y fresca, dándome la sensación de claridad y frescura que sentía. Pero una vidriera absorbió mi imagen, la mezcló con otras y me la devolvió con la ligereza de un prestidigitador; era la imagen de un joven alto, delgado, cargado de espaldas, con las piernas un poco torcidas, vestido de negro y con una manta oscura al brazo. Era yo. Me sorprendí, pues en ese momento me sentía recio, ancho, con el pecho erguido y la espalda recta y llegué a creer que la vidriera había escamoteado mi imagen, devolviéndome otra, ajena. Pero la siguiente vidriera me mostró la misma imagen: era la mía, y entonces, súbitamente, la claridad y la frescura disminuyeron como un chorro de agua cortado de golpe. Quise, sin embargo, luchar, sobreponerme, llenarme nuevamente de fuerza, pero al dar vuelta la esquina apareció el mar, el mar que ya oscurecía como el cielo y que estaba allí, como todas las noches, esperándome, bamboleando en su cuenca de barro y piedra. Sobrecogido, enfrentado bruscamente con la realidad de mi vida, vacilé, y como si hubiera

dado un tropiezo, derrumbóse en mi alma el equilibrio que me sostuviera a través de las calles.

Al verme, el jefe, alargándome un sobre, me dijo:

—La compañía ha resuelto despedirlo. Ahí va su sueldo.

Así era el destino: sin imágenes ni explicaciones.

Recibí el sobre, quedándome con él en la mano, sin saber qué decir. Estaba despedido. Caminé hacia el extremo del muelle. Oscurecía y el mar entraba en el silencio nocturno. Algunos barcos prendían las luces. Se oían gritos lejanos. Un botero, al verme, me gritó, levantando un brazo:

—¡«Al Imperial», patrón!

Y como hiciera un gesto negativo, el hombre bajó el brazo lentamente, se sentó y mirando hacia otra parte escupió sobre el mar.

Atracada al muelle estaba la gasolinera, blanca, liviana, meciéndose como una gaviota sin prisa. Muchas noches habíame llevado hacia la sombra y muchas mañanas me devolvió hacia la luz. Ya no subiría más a su bordo y no sabía si alegrarme o entristecerme por ello. De uno en uno llegaron los guardias nocturnos, y volvió también el vejete, correcto como todos los días, vestido de negro, con su cuello inmaculado y sus puños de quitapón, su bigotillo blanco y su voz de pájaro marino. Rezongó el motor y la lancha despertó sobresaltada, movióse, retrocedió un poco y después de virar a estribor empezó a correr suavemente. La ví alejarse ahora como la veía antes. Los rostros de los hombres fueron borrándose en la oscuridad. Se hicieron lisos, planos, sin relieve, como discos de madera, hasta desaparecer.

El mar golpeaba en las paredes del malecón y un grito venía desde el centro de la bahía:

—¡Guachimán de la W...! !...de la W!...!...de la W!....

(Continuará).